LA INMACULADA CONCEPCION EN LA HISTORIA DE LA SALVACION

Homilía del R. P. Alejandro Díez Macho, Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid, en la misa del día 8-XII-1973.

Celebramos en esta fiesta un privilegio de María: haber sido preservada de pecado original, de todo pecado personal, de toda inclinación al mal: el privilegio de ser toda pura, enteramente santa: la Purísima.

Para comprender tal privilegio es preciso recordar que toda la historia de la salvación —la que antes llamábamos "historia sagrada— no es más que la narración de lo que Dios o sus instrumentos han dicho o hecho para librar a la humanidad del pecado original y de sus consecuencias: pecados personales, inclinación al mal, dolor, enfermedad, muerte, insubordinación o inobediencia de las creaturas, impugnación de las potestades infernales. Es la historia de un paraíso perdido por el pecado y de un superparaíso recuperado por la gracia de un Redentor. En una punta de dicha historia está el capítulo tercero del Génesis, la caída en el pecado, la pérdida del paraíso y la promesa de redención; en la otra punta, el final de los tiempos, la ausencia de todo mal, sin pecados, sin concupiscencias, sin engaño, sin error, sin dolor, enfermedad ni muerte, sin espíritus adversos; y la presencia de todo bien, incluso el cuerpo vivo, neumatizado, espiritualizado.

Es probable que no todos los humanos alcancen el paraíso que nos espera, pero es cierto —lo asegura Pablo en el capítulo quinto de la epístola a los Romanos— que todos, empezando por Adán y Eva, hemos perdido el paraíso primero, porque todos somos pecadores. Todos menos la Virgen María, quien no contrajo el pecado de origen en su concepción, ni pecado personal alguno en el resto de su existencia.

Fundación Speiro

Tan singular es este privilegio que el arcángel San Gabriel en la anunciación definió a María con el calificativo "llena de gracia", traducción del participio griego *kejaritomene,* versión a su vez, según parece, del calificativo arameo *jasideta,* "la amada con amor ininterrumpido (fiel) por Dios". *Jasid* en masculino, *jasideta* en femenino, es uno de los tres vocablos que con "único" (= muy amado) y "justo" sirven al cielo para definir a los personajes de la historia de la salvación precisamente cuando se les va a confiar una misión. A Jesús una voz del cielo le definió nada más salir del Jordán donde Juan le había bautizado: "Este es mi Hijo amado (= "Unico", *yejid)* en quien tengo puestas mis complacencias"; una voz del cielo —así leían en las sinagogas— definió a Abraham e Isaac, cuando el sacrificio de éste (Gen. 22), como "únicos", y de manera parecida definió el cielo a Jacob según el relato de su visión de la escala celeste que recitaban en arameo en el oficio de las sinagogas.

"Llena de gracia" es, pues, una definición exacta de María: una definición traida del cielo.

No es mi intención descomponer en todas sus partes la plenitud de gracia de María ni analizar una por una las gracias con que Dios le ha enriquecido. Unicamente mencionaré las gracias o privilegios de la Virgen que hacen referencia a victoria sobre el pecado, sobre sus secuelas, sobre sus instigadores.

Puesto que la historia de la salvación es una historia lineal —no cíclica como la historia profana—, como es historia siempre en avance y dividida en etapas, vamos a reflexionar sobre manifestaciones de la plenitud de gracia de María en las diversas etapas de la historia sagrada.

La primera etapa va desde la eternidad del pasado, *a parte ante,* hasta la creación del mundo. Es la etapa de la predestinación, en la que Dios piensa y determina la creación del mundo y la salvación del hombre. El fragmento del libro de los Proverbios (cap. 8) que acabamos de leer se refiere a esta etapa pretemporal de la historia de la salvación, cuando el mundo aun no había sido creado y cuando el mundo recibió el ser. Dice que antes de la creación y durante ella, la Sabiduría estaba junto a Dios "como arquitecto" y que "día tras día constituía sus delicias" (Prov. 8,20). La Sabiduría es el Verbo, el

Fundación Speiro

Logos, la Palabra de Dios, por quien todas las cosas fueron hechas (Jn 1,3). Tal es el primer sentido de la Sabiduría; mas, como la Biblia tiene multiplicidad de sentidos —"setenta caras", decían los hermeneutas judíos antiguos—, como en la Biblia frecuentemente cabalgan dos sentidos sobre la misma palabra —lo que los mismos hermeneutas llamaban "doble sentido" o *tartey mashmá*—, la Iglesia ha interpretado la Sabiduría de Prov. 8 no sólo del Verbo de Dios sino de su Madre, María Santísima, y por eso en la fiesta de la Inmaculada leemos el fragmento citado de Proverbios con el siguiente sentido: como el Verbo, María estuvo ante Dios desde la eternidad, "día tras día" "como arquitecto", "constituyendo sus delicias". María, pues, fue delicia de Dios, día tras día, desde la más remota eternidad, o lo que es lo mismo, nada hubo en María que desagradase a Dios en esa larguísima etapa de la historia de la salvación que va desde que Dios es Dios hasta que el mundo fue creado. En cambio, nosotros los cristianos, que también "fuimos escogidos en Cristo antes de la fundación del mundo" (Ef. 1,4), ocupamos desde la eternidad la mente de Dios para que en el futuro, en la tercera, cuarta o quinta etapa de la historia de la salvación, "fuésemos santos e inmaculados en la presencia de Dios y fuésemos hijos adoptivos de Dios gracias a (la pasión y muerte de) Jesucristo" (Ef. 1,4s). Los cristianos pueden ser delicia de Dios después de la venida de Cristo; María lo es desde la eternidad, antes de la Encarnación del Señor.

Lo cual es una gracia singular de María por ser siempre pura.

La segunda etapa de la historia de la salvación abarca desde la creación y paraíso terrenal hasta la primera venida del Señor. Esta etapa se denomina "tiempo de Israel", porque el carro de la historia lo arrastran los antecesores o hijos de Jacob, llamado por otro nombre Israel. Es una fase de la historia denominada con un término de la apocalíptica "el eón (siglo) malo", fase en que dominan las fuerzas del mal. Es un período de tiempo ordenado a preparar la venida al mundo de Jesús, de Dios Salvador. Las páginas del Antiguo Testamento historían cómo Dios, valiéndose de Israel, prepara en el *eón* del pecado el advenimiento del "*eón* bueno", la coyuntura de salvación. La Biblia tiene múltiples sentidos —lo hemos dicho—: sentido en pequeñas unidades o contextos, y sentido en libros enteros,

Fundación Speiro

en grandes conjuntos: el Antiguo Testamento como conjunto tiene este sentido: Dios Salva; Dios traerá la salvación, al Salvador... Por eso dijo Jesús a los judíos refiriéndose al Viejo Testamento: "Escudriñad las Escrituras...: Ellas dan testimonio de mí" (Jn 5,29). Se diría que a las páginas sagradas nada más interesa el Salvador porque la historia sagrada, que empieza hablando de la creación del cosmos y de la humanidad, una vez relatado el pecado de origen en el tercer capítulo del primer libro, se convierte de historia universal en historia de la genealogía del Salvador: deja de lado jafetitas y camitas y se concentra en los semitas, porque de ellos surgirá el Salvador; de los semitas se interesa únicamente por los abrahámidas, porque de tal descendencia nacerá el Salvador; de los hijos de Abraham, muestra interés por Isaac y Jacob por ser los hijos de la promesa de salvación; llegada la historia a Jacob o Israel, no sabe escribir más que de las doce tribus israelitas porque de ellas vendrá el Salvador. La historia después se concentra en una tribu, la de David, porque de ella saldrá el Redentor. David, el "resto de Israel" —los israelitas fieles que darán nacimiento y acogida al Salvador—, el "Siervo de Yahweh", "el Hijo del Hombre" acaparan la atención del Viejo Testamento en el período final del tiempo de Israel porque señalan la estirpe, origen y función del Salvador. Sí: el Viejo Testamento, en su intención más profunda, no es más que una muy larga y entretenida genealogía de Jesús *Salvador*.

Por lo mismo, el Antiguo Testamento, o segunda etapa de la historia de la salvación, es una larga y entretenida genealogía de la Madre del Salvador, de la Madre de quien vencerá al pecado.

Además de esta referencia profunda de la historia de Israel a María, hay momentos en que la referencia a María y a su victoria sobre el pecado y el dragón infernal es directa. Nos referimos al protoevangelio y al éxodo interpretados por el teólogo de la Virgen que es Juan evangelista.

El protoevangelio predicie la lucha y victoria de la mujer contra la serpiente (el demonio): "Pondré enemistades entre ti (serpiente = demonio) y la mujer; entre tu descendencia y la suya: ella te aplastará la cabeza y tú apuntarás a su calcañar". "Los Padres y los doctores enseñan —dice Pío IX al definir el dogma de la Inmaculada

Fundación Speiro

Concepción— que en este oráculo divino se nos ha manifestado clara y abiertamente de antemano el Redentor misericordioso del género humano, Jesucristo, Hijo único de Dios, y que la bienaventurada Virgen María, su Madre, se encuentra allí igualmente designada y que sus enemistades contra el demonio están allí señaladas con evidencia".

Antes de los Padres, de los doctores, de Pío IX, Juan, autor del Apocalipsis (cap. XII), relee el protoevangelio aplicándolo a la vez, según su costumbre, a la lucha de una mujer encinta —que lleva en su seno al Mesías que ha de regir con barra de hierro las naciones—, a la lucha de María con el dragón, "serpiente antigua", a la victoria de esta mujer sobre el dragón que no puede vulnerarla; y al mismo tiempo lo aplica a Israel a quien el dragón, es decir, el Faraón de Egipto, persigue y hace huir al desierto donde se guarda del enemigo.

Tercera etapa de la historia de salvación. Tiempo de Cristo. Cumbre y vértice de la salvación. Encarnación, vida, muerte y resurrección del Salvador. En el principio de esta etapa María recibe la mayor gracia que puede recibir una mujer: ser madre de Dios Salvador; al final de la etapa, en el Calvario, es constituida madre de los cristianos. De nuevo Juan da a estas palabras de la Biblia "Mujer, ahí tienes a tu hijo" (Jn 19,26) doble sentido: la "mujer" es María y es la "mujer que está de parto y que tiene congoja pues ha llegado su hora" de una parábola de Jesús pronunciada la noche anterior. Y el "Hijo" es Juan y además el nuevo Israel, los cristianos. La "mujer" es María y la hija de Sión (Jerusalén) de los profetas que alumbra con dolor un pueblo nuevo, "el Israel de Dios", los cristianos. En la tercera etapa de nuestra historia de salvación María recibe, pues, la gracia de dos maternidades: la del Jesús, no dolorosa, la de los cristianos terriblemente angustiosa. Maternidad de Redentor y redimidos.

En la cuarta etapa de la historia de salvación, tiempo de la Iglesia o del Espíritu Santo, que va desde la resurrección del Señor hasta la *parusía,* su segunda venida, Dios concede a María, en el principio de la etapa, lo que a los cristianos otorgará al final de ella: la resurrección del cuerpo, la neumatización, esto es, la victoria completa sobre la muerte y sobre la materia, con lo que María quedó constituida en el *eón* en que vivimos, que es de salvación incoada pero

Fundación Speiro

no consumada, en modelo y ejemplar de lo que han de ser sus hijos, los cristianos, en el *eón* futuro y último de la historia, en el que serán eliminados los pecados y todas sus secuelas, incluida la muerte, incluida la lucha de "la carne" contra "el espíritu".

En esta misma cuarta etapa, María fue entronizada como reina y señora de toda la creación. Jesucristo, su Hijo, como *Kyrios*, como rey universal; María, su madre, como reina. Las potestades infernales están a sus pies. Incapaz el dragón (el demonio) de dañar a la mujer (María), fuese encolerizado a hacer guerra contra su descendencia, contra los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús (los cristianos): así dice Juan en Apoc. 12,17.

Estas son muestras de la plenitud de gracia de María en las diversas etapas de la historia de la salvación.

La fiesta de la Inmaculada nos invita a alabar a Dios por haber hecho una creatura tan agraciada, a felicitar a la Virgen por tantas gracias recibidas, y a pedirle con toda confianza, pues es nuestra Madre, que traiga pronto al mundo el reinado completo, total, del Señor, es decir, la victoria definitiva sobre el pecado y sus secuelas: injusticias, dolores, calamidades, enfermedades, muerte, impugnación de las potestades infernales, pues para eso la ha hecho Dios purísima e inmaculada: para ser Ella delicia de Dios y para que nosotros lo seamos "viviendo puros e inmaculados" en la presencia del Señor.

Fundación Speiro